

CIENCIA
Y
HUMANISMO

TAREAS Y PROYECCIONES DE UN LIBERALISMO DE IZQUIERDA EN COLOMBIA *

Séame permitido, en primer término, expresar mi reconocimiento a la Mesa Directiva del Concejo de Medellín, por la generosa invitación que me ha formulado para disertar sobre las tareas presentes y proyecciones futuras del liberalismo de izquierda en Colombia. No pienso que sea sólo una simple coincidencia el hecho, a todas luces significativo, de que venga precisamente de Antioquia el reclamo de tratar estos temas. Porque dentro de la rica pluralidad de regiones que integran la unidad colombiana, ha sido ésta, en varias oportunidades históricas, vanguardia de movimientos de progreso social y reforma política llamados a dejar honda huella en el devenir nacional. Recurriendo al pasado reciente, bastaría señalar cómo el movimiento que condujo a la postre al doctor Alfonso López Michelsen a la Jefatura del Estado tuvo uno de sus más sólidos bastiones precisamente en este Departamento.

EL DESHIELO

No es por ello extraño que en una época bien distante de los ajetreos preelectorales, se reúna tan nutrido y representativo grupo dirigente de la vida política, cultural, social y económica de Antioquia, sin otro propósito que el de participar en un debate de ideas.

Vivimos en un tiempo de deshielos. El escepticismo y la desilusión que invadió el alma de las generaciones que vivieron los rigores del fascismo en la última ante-guerra mundial y la aparente derrota del criterio liberal sobre los derechos humanos y las libertades públicas, se vieron trocados, gracias al vertiginoso crecimiento económico y la época de bonanza de la década del sesenta, en un optimismo desenfundado y pragmático fundado en la fé ciega en el desarrollo tecnológico. Se proclamó entonces sin ambages el "fin de las ideologías". Si bien es

* Luis Villar Borda representa dentro de la prospectiva política del país, una de las inteligencias más sustantivas y mejor compenetradas de los fenómenos que inciden en el proceso de transformación social y actualización de nuestras instituciones democráticas.

Villar Borda es un aquilatado hombre universitario que goza de aprecio y admiración en nuestro claustro. "HOJAS UNIVERSITARIAS" registra con beneplácito su participación intelectual en esta edición, por el aporte de ideas y contribución de su pensamiento a las soluciones adecuadas de los problemas colombianos.

cierto que a nuestro país llegan siempre con retraso los ecos de corrientes universales, no lo es menos que también lo afectan, en mayor medida por razón de su dependencia, produciendo aún más grave daño. Es así, como el llamado "Modo de Vida Americano", hoy en bancarrota en los propios Estados Unidos, que viven la más grande crisis moral de su historia, es artificialmente adoptado por sectores minoritarios de las clases pudientes desfigurando las tradiciones nacionales.

Pues bien, hoy cuando el mundo occidental atraviesa una etapa sombría, caracterizada por la inflación, el desempleo, los síntomas de una depresión solo comparable a la de los años treinta y el espectro amenazante de una guerra mundial, el hombre vuelve a pensar en que sin un sistema de ideas que trascienda del inmediatismo pragmático, algo más, sin un ideal social y unas metas colectivas, la vida en sociedad se disgrega y se corrompe.

No puede ser Colombia ajena a ese proceso universal, llamémoslo así, de retorno a las ideologías. Quienes proclamaban, por ejemplo, la muerte del Marxismo, porque pensaban que la sociedad capitalista había logrado superar la crisis y vencer las leyes del mercado, miran hoy perplejos el derrumbe de sus perdidas ilusiones, con el mismo desconcierto que embargaba a los Marxistas dogmáticos el que no se produjera por virtud exclusiva de la fatalidad histórica, la revolución mundial.

Si hago estas breves alusiones es solo para indicar de qué manera no es exótico, sino por el contrario, natural, que se esté produciendo en Colombia un resurgimiento del debate doctrinario, que tuvo sus primeras manifestaciones en los campos universitarios, pero que hoy se extiende a capas muchos más amplias de la sociedad.

Esto, entre otras muchas virtudes, tiene la de colocar la política a niveles distintos de los tradicionales. Hay un país que le está exigiendo a sus dirigentes definiciones concretas sobre los grandes problemas sociales y económicos, posición ante el problema internacional, el sindicalismo, la universidad, el mundo de la cultura, que sustituyan la retórica vacía o la apelación a consignas irracionales.

La terminación del sistema del Frente Nacional y la elección de un Presidente por fuera del juego artificioso de la alternación está produciendo, sin duda, otro deshielo en la realidad colombiana. Después de diez y seis años de monopolio del Poder Político, reflejo apenas de lo ocurrido en lo económico, nuevas fuerzas se incorporan a la vida del país en todos los órdenes. Yo quisiera decir, desde esta tribuna, que estimo que es esa la contribución más importante del Presidente López al desenvolvimiento progresista de la Nación Colombiana. Incorporación de nuevos partidos, o de viejas formaciones políticas, que encontraban limitadas sus posibilidades dentro del régimen de la paridad excluyente. No es poca cosa que después de haber visto destruidas todas las instituciones democráticas, conculcadas todas las libertades, asistamos hoy al espectáculo de corporaciones públicas en donde toman asiento re-

presentantes de todo el universo político, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Pero no ha sido solo una incorporación de las colectividades partidistas. A la lucha y a la competencia sindical se han visto también incluidas las centrales que, como la Confederación Sindical de Trabajadores de Colombia, (CSTC), carecían de personería legal. En el plano de la cultura, valores hasta ayer vetados y perseguidos por razón de sus ideas, ocupan hoy altos cargos en la jerarquía del Estado. Algunos de ellos, como es el caso del Rector de la Universidad Nacional, tienen bajo su responsabilidad la orientación del máximo centro académico del país. La mujer, hasta hace poco discriminada por una larga tradición de falsos conceptos, ocupa hoy destacado papel en lo político, sin perjuicio de que la lucha por la igualdad continúe en otros campos, especialmente el del trabajo y el salario, en donde se mantiene con respecto a ella y a la infancia una discriminación aun más odiosa, que hace pensar en los albores sangrientos del capitalismo. No podría en esta rápida enumeración dejar de mencionar algo que, a mi modo de ver, tiene invaluable importancia y es la incorporación, dentro de ese mismo criterio de que venimos hablando, de Colombia a las realidades de la vida internacional, con pasos como el restablecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con Cuba, que todo colombiano con una mentalidad moderna celebra vivamente. Como aprobarían también la inmensa mayoría de nuestros compatriotas, que ya ha superado conceptos anacrónicos, el establecimiento de iguales relaciones con la República Popular China, completando así el ciclo de universalización de nuestra política exterior.

APOYO SIN COTRAPRESTACIONES

Lo anterior sería suficiente, sin entrar a analizar otros aspectos fundamentales de la gestión de Gobierno, para que la izquierda liberal entendiera, como sé que entiende, que su primera tarea hoy es la de dar franco y decidido respaldo al Presidente López, sin exigir por ello contraprestaciones de carácter burocrático, porque no les dá a las conquististas ya logradas el carácter de mercancías de cambio ni piensa que su solidaridad con un Gobierno dependa del reparto de las cuotas de poder.

Yo quiero aprovechar esta asamblea de liberales, sin diferencias de grupos ni matices, y altamente representativa de la actividad pública y privada de Antioquia, para exhortarlos de cerrar filas en torno al gobierno cuando algunos signos parecen indicar que el aglutinamiento de los intereses creados es un hecho que busca obstruir la realización de los programas de avanzada de la administración.

LA COALICION BIPARTIDISTA

Es bien sabido que la reforma constitucional desmontó el régimen plebiscitario, abriendo campo a la libre elección del Congreso, las Asambleas Departamentales y los Concejos Municipales, eliminando la regla de las dos terceras partes y complementando de esa manera la desaparición, por plazo vencido, del antidemocrático e inexplicable en-

gendro de la alternación, que por tantos años sustrajo de la decisión popular la escogencia de Presidente de la República, pero que dejó supérstite la paridad en la Administración Pública, es decir una especie de coalición bipartidista obligatoria. El fenómeno es irracional y, como afirma una sentencia oriental, lo irracional no puede perdurar indefinidamente. Entre algunas de las inconsecuencias a que ha conducido ese mantenimiento de la paridad, por disposición constitucional, está la de que un partido victorioso en las urnas por el doble de los votos del otro partido, tenga sin embargo la misma representación en el Gobierno, a todos los niveles, habiéndose creado, de otra parte, un sectarismo de la paridad tan extremo, que un distinguido dirigente Conservador de la Montaña, ha estado a punto de declarar la guerra a su no menos distinguido copartidario, el señor Ministro de Gobierno, por haberse equivocado, transitoriamente en esa materia, en la reciente distribución de Gobernaciones, y eso que el mencionado dirigente es de los llamados progresistas o liberalizantes.

Si me refiero a este problema del bipartidismo no es, en manera alguna, por sectarismo de partido, ni para despertar pugnas burocráticas, sino como un fenómeno político que ningún beneficio le trae a la solidez y coherencia de un régimen democrático, ni ventaja a la postre a los partidos. Porque otra de las consecuencias ilógicas del sistema es la de que quienes se benefician de la mitad del poder, a pesar de haber sido los perdedores en la justa electoral, pueden tranquilamente decir que se desentienden del éxito o fracaso del programa gubernamental, por cuanto que habiendo sido derrotados no es el de ellos, sino el programa triunfante el que está siendo objeto de ensayo. Se limitan, pues, a desearle desde la distancia y sin correr las contingencias del mandato, la misma buena suerte que una persona ajena a un negocio puede displicentemente desear a los contratantes. Se podría concluir que es éste el único negocio en el cual es mejor perder que ganar, pues en el primer caso se aseguran la mitad de los dividendos sin tener que preocuparse por el aleas de la empresa.

No lo digo tampoco como crítica a los destacados dirigentes conservadores que han expresado ese criterio. Sino lo señalo para resaltar lo absurdo de la secuela que nos quedó en herencia para estos cuatro años de las instituciones frentenacionalistas. Lo negativo de esa situación, salta a la vista. El Gobierno, como tantas veces lo anunció el propio Doctor López Michelsen a lo largo de la campaña electoral, tiene que limitarse a ser un puente entre las instituciones viejas y la plenitud de la democracia formal. No demerita esa limitación, claro está, el sentido de puerta abierta hacia la nueva sociedad que tiene el Gobierno del Presidente López y que él, por encima de dificultades que para espíritus menos serenos y caracteres menos templados parecerían insuperables, va venciendo cada día.

Para el partido que colabora en el Gobierno la situación, por contradictoria, no deja de ser menos perjudicial. Pues dándole a su cooperación un carácter estrictamente burocrático, mal podría alegar

a su favor los éxitos del Gobierno, de la misma manera que se cuida de pedir cuota en sus errores. Simultáneamente y a pesar de ser un partido derrotado no puede alegar la calidad de oposición, como participe que es y en tan eximias condiciones de las ventajas gubernamentales.

Desde un punto de vista práctico, es evidente que no hay tiempo ni valdría la pena intentar en estos cuatro años una reforma constitucional sobre esta materia. Lo que importa, pues, a este respecto, y en ello debo declararme de acuerdo con el Senador Conservador Felio Andrade, es determinar los alcances de la abstrusa norma constitucional, (léase artículo 120), que habla de dar participación "adecuada y equitativa al partido mayoritario distinto al del Presidente de la República, a partir del 7 de agosto de 1978". Este otro seguro burocrático que se le injertó a nuestra maltratada constitución política, será origen de toda clase de pleitos si no se aclara oportunamente.

UN PROGRAMA AUTONOMO

El aspecto más de fondo en relación con este tema y en lo que nos interesa para los propósitos de esta conferencia, es la posibilidad que se abre para el liberalismo de tener para 1978 un programa autónomo, auténticamente de izquierda, que continúe y profundice la obra iniciada por el Presidente López. Ello solo será posible en la medida que se desarraigue de la mentalidad del país el bipartidismo burocrático y el sectarismo de la paridad.

El florecimiento de los delitos económicos y de los atentados contra la administración pública, elevados por algunos a prácticas corrientes en el manejo de los negocios del Estado, algo tienen que ver con ese sectarismo paritario, que han impedido el retorno a una democracia abierta, en donde el partido de gobierno asuma la totalidad de sus responsabilidades y el partido de oposición sea una fuerza política claramente definida. Por ello que también sea uno de los puntos esenciales del programa del Presidente López el de la moralidad administrativa, que contará con nuevos y eficaces instrumentos con el desarrollo de las facultades extraordinarias otorgadas para elaborar la reforma administrativa lo mismo que un estatuto orgánico de la Contraloría General de la República, que será discutido por el Congreso en las sesiones próximas a iniciarse.

LAS GRANDES REFORMAS

Se me ha pedido que hable sobre algunas de las que yo estime bases mínimas para el programa de un liberalismo de izquierda, que, bien puestos los pies en el presente, no desdeñe pensar para lo porvenir, que como sucede con los avatares del tiempo, está ya comenzando. Sin pretender ser exhaustivo, tocaré apenas algunos de los puntos de que debería ocuparse nuestro partido si de veras quiere convertirse en un instrumento adecuado para el cambio, moderno, capaz de com-

penetrarse de manera correcta con las grandes realidades geográficas, económicas, sociales y culturales del país. Tiene que partirse para ello de un estudio de la realidad, que señale de manera cada vez más dramática la dualidad entre una Colombia moderna, articulada al mundo industrial contemporáneo, con su infraestructura, sus servicios, sus nexos directos con los grandes centros de la economía metropolitana capitalista y otra Colombia atrasada y paupérrima, la Colombia rural, donde no existen en buena parte ni siquiera relaciones monetarias de producción y de distribución, la de los grandes cinturones de miseria de nuestros hipertrofiados centros urbanos, con sus secuelas de desempleo, analfabetismo, prostitución y crimen. En una palabra, las dos Colombias de que hablara Alfonso López Michelsen y que en el curso de los últimos años han visto crecer sus abismales diferencias, ahondando los desequilibrios regionales, el grado de concentración de los medios de producción, la riqueza y el poder, y las desigualdades sociales.

A título de ejemplo y ya que entramos a Antioquia habría que decir que no es posible que el 51 por ciento de la población de este departamento se concentre en nueve municipios, que son sólo el dos por ciento de su territorio, y que allí mismo se concentren el 62,3 por ciento de la industria y más del 80 por ciento del producto interno bruto. Con tales niveles de concentración, que en otras comarcas señalan índices aún mucho mayores, no es posible pensar en que sean sólidas las estructuras en que se funda nuestra organización institucional y política.

La tarea de transformar a fondo esta situación solo puede contemplarse dando vía libre a grandes reformas en las carcomidas y desuetas estructuras económicas y político-administrativas del país, que no pueden servir para estimular sino para entrabar el desarrollo entendido como el esfuerzo planificado y consciente para resolver los problemas sociales.

REFORMA AGRARIA

En este orden de ideas, he sostenido siempre, y creo compartir la opinión de las fuerzas progresistas del país, que el verdadero desarrollo industrial pasa por una auténtica reforma agraria, que acabe de una vez por todas, tanto en el latifundio improductivo, como en su contraparte, el minifundio; que establezca las condiciones necesarias para una reestructuración en los sistemas de tenencia de la tierra y reoriente la tarea del INCORA y del anunciado Instituto de Aguas, eliminando la confusión reinante entre el concepto de reforma agraria y las inversiones por razón de obras de infraestructura; que propicie una modernización de los sistemas de mercadeo y comercialización de los productos agropecuarios y de los insumos industriales, que establezca crédito barato y condiciones benéficas para la explotación de nuestro más grande recurso natural, que es la tierra. Estas algunas de las razones por las cuales el liberalismo de izquierda debe abogar por la urgencia de una reforma agraria. Los antioqueños, con la recia mentalidad em-

presarial que los ha caracterizado, saben mejor que yo, que sin una transformación de envergadura en el campo colombiano, es imposible la ampliación del mercado interno y la conversión de millones de colombianos en verdaderos consumidores. Mientras esta reforma se posponga, tendremos un mercado interno estrecho y limitado, serán posibles las condiciones negativas de monopolización de la industria, que como lo demuestra un reciente estudio del DANE, va casi siempre acompañada de un inevitable proceso de desnacionalización, es decir, de penetración del capital imperialista que entra a apoderarse fácilmente de nuestros escasos centros de decisión autónoma. Un 73 por ciento de los predios antioqueños tienen menos de 10 hectáreas de extensión y cubren apenas el 6,7 por ciento de la superficie en régimen de propiedad. Como elemento complementario y bien lógico, está el de que los grandes latifundios improductivos en Antioquia sobrepasan ampliamente la cifra de los 5 mil. Esto trae como consecuencia la concentración en todos los órdenes de la vida antioqueña. En el Valle de Aburrá, con Medellín a la cabeza, se concentra como todos ustedes saben, casi el total de la industria antioqueña, mientras los restantes cien municipios que ocupan el 98 por ciento del territorio departamental, se han venido a menos o prácticamente nunca han tenido vida autónoma acrecentándose así el proceso de despoblamiento y de concentración en los grandes centros urbanos, reproduciendo lo que con características alarmantes está ocurriendo a escala nacional.

POLITICA INDUSTRIAL

Paralela a ese proceso de transformación del sector agropecuario, se impone una reorientación de la política industrial. Hemos creído que hay que llevar hasta sus últimas consecuencias la labor del Estado planificador instaurado bajo la reforma constitucional de 1968, que debería conducir a una programación imperativa para el sector público y una planeación indicativa para el sector privado. Desde entonces, como ponente de la reforma, pensaba que es necesario establecer como prioridad dentro del programa de un liberalismo de izquierda, el de un Estado fuerte por el consenso popular, moderno, planificador. Dentro de ese contexto es conveniente para el país por sus condiciones de subdesarrollo —a nuestro juicio— el ensanche y la consolidación del sector público de la economía, con el fin de ir sentando las premisas que nos permitan manejar, a partir de este último cuarto de siglo, nuestro propio destino. Ello no implica desestímulo para el sector privado que en países con el nivel de retardo económico de Colombia no puede solucionar por sí solo el problema del desarrollo, pero sí puede contribuir eficazmente a ello dentro del marco de una planificación democrática. Para que esa planificación no sea lo que algún autor ha llamado acertadamente la Planeación Decorativa es indispensable que el Estado tenga el control de nuestros recursos naturales no renovables, de la producción y distribución de combustibles, y en general del manejo de la política energética. Por ello propugnaré el liberalismo de izquierda, así como por el fortalecimiento del sistema bancario estatal, a fin de que haya directrices y lineamientos claros en la política monetaria y crediticia.

Es notable advertir que economistas y hombres de negocios de insospechable ortodoxia capitalista, atribuyan el hecho de que la economía de los Estados Unidos se encuentre comprometida en una caída vertical, más rápidamente que la mayor parte de las economías europeas, a razones fundamentales de estructura.

Se señala así que mientras en los otros países capitalistas "amplios sectores de la actividad han pasado desde hace tiempo al control de los poderes públicos", especialmente en lo que hace al manejo del sistema bancario, como por ejemplo en Francia donde los establecimientos financieros han sido nacionalizados, la banca norteamericana afronta una situación catastrófica. Este hecho ha conducido a que numerosos parlamentarios norteamericanos comiencen a hablar de la nacionalización de los bancos.

Los esfuerzos que viene adelantando en este sentido el actual gobierno, entre los que cabe señalar la reciente disposición sobre bancos extranjeros, dentro del marco de las resoluciones del grupo andino, deberán proseguirse con el mayor énfasis. Lo mismo que una política de desconcentración industrial, que complementariamente con una política de desarrollo agrario, son los únicos medios de disminuir si no eliminar los desequilibrios entre las regiones.

LAS REFORMAS SOCIALES

Naturalmente que todo lo que se haga en los campos mencionados, y en otros de igual importancia como el del comercio exterior, que nos libere de nuestra situación de dependencia neocolonialista, solo tiene importancia con relación a lo que se haga al servicio del hombre como entidad social. Por eso la izquierda liberal, desde los tiempos de ese gran antioqueño que fué Rafael Uribe Uribe, o de Alfonso López Pumarejo o de Jorge Eliécer Gaitán, o en los tiempos actuales de Alfonso López Michelsen, ha pensado siempre en el Estado como representante y ejecutor de una gran política social en donde los servicios de salud, de educación, de vivienda y de empleo, constituyan el objetivo prioritario de la acción del Gobierno. A este propósito podría pensarse también en medios efectivos para luchar contra otro tipo de concentración tan palpable como la mencionada en lo que toca a los ingresos y medios de producción, de la tierra y de la industria. Un vasto plan de desconcentración de los servicios sociales, médicos, hospitalarios, educativos debe ser objetivo primordial en la política del liberalismo. Es suficiente como índice del estado de cosas en estos aspectos que del total de médicos con que cuenta el país cerca del 50 por ciento residen en la ciudad de Bogotá.

Como tuve la oportunidad de afirmarlo hace unas semanas en Pereira, ese problema de la desconcentración y la redistribución del poder no se podrá hacer sino dentro de un cuadro regional.

Superada la querrela, ya anacrónica, entre federalistas y centralistas, debe abrirse paso como solución el Estado Regional, que per-

mita tomar decisiones a nivel de las regiones y de los grandes espacios socio-económicos, dentro de ese mismo criterio de planificación democrática en el que se inspira la reforma de 1968. Es bueno advertir que ese nuevo tipo de regionalización, que permite una redistribución adecuada del poder, eliminando el centralismo bonapartista, nada tiene que ver con los criterios estrechos de un regionalismo parroquial, sino que busca la realidad de las grandes Regiones como marco que dará las bases, las diferentes instancias, que institucionalizará a través de diversas formas de participación popular, un Plan General de Desarrollo.

LA PLANIFICACION POLITICA DEL PARTIDO

El liberalismo como partido de izquierda, si quiere prepararse para dar este salto hacia adelante, debe pensar también en planificar su acción como partido moderno. Tiene que prepararse con sus organismos especializados, con sus instrumentos de expresión, para un permanente proceso democrático interno, en el que prime el espíritu liberal de la crítica y la discusión. Tenemos que renovar los cuadros dirigentes y para ello es indispensable contar con centros de capacitación política, que ofrezcan a las nuevas generaciones la posibilidad de incorporarse al partido y darle sangre nueva. A este respecto quisiera destacar la excelente experiencia de la Escuela de Capacitación Política y Cultural de Bogotá, en donde por espacio de más de ocho años se ha buscado preparar líderes a distintos niveles de barrio, sindicales, gremiales, con la cooperación de profesionales jóvenes y de universitarios.

Las tareas que tenemos por delante no son fáciles y los resultados no serán de seguro inmediatos. Pero podríamos aplicarles con justicia las palabras de un pensador francés: "Esas soluciones pueden edificarse en un orden que no será más el del silencio, que no será más la apariencia frágil y engañosa de una sociedad encadenada a la duda y al malestar, sino el fruto de la adhesión, de la confianza y de la justa esperanza de todo un pueblo que ha escogido él mismo su destino libremente".

Medellín, Marzo 7 de 1975

LUIS VILLAR BORDA

* * * * *

